Domingo 17 de enero de 1993

PRIMER PLANO

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

Abrazos, prejuicios y fronteras

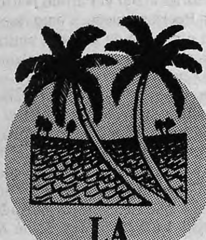
Un ensayo de Luis Rafael Sánchez

8

Un domingo de Lilianne

Un relato de Ana Lydia Vega

6/7



LA REVELACION LITERARIA DE AMERICA LATINA

Desde mediados de los 70, la pequeña isla del Caribe que nunca alcanzó la independencia está produciendo algunas de las obras más originales y renovadoras de América. Un conjunto formidable de narradores, entre los que se destacan José Luis González, Luis Rafael Sánchez, Ana Lydia Vega, Rosario Ferré, Edgardo Rodríguez Juliá y Carmen Lugo Filippi, ha forjado, a partir de la parodia, la sátira, la crónica y la historia, una nación hecha de puro lenguaje. Este número especial, en el que los autores seleccionaron sus propios textos, refleja la increíble riqueza de esa gran literatura desconocida.

PUERTO RICO

UNA NACION QUE ES UNA NARRACION



UNA LITERATURA NACIONAL

LA PARADOJA DE PUERTO RICO

Literatura de una nación que no es Estado, la de Puerto Rico ha encontrado hace ya tiempo su destíno latinoamericano. El carácter singular de esa identidad está explicado en el artículo escrito especialmente para este número por Juan G. Gelpí, profesor de la Universidad de Puerto Rico y autor de "Literatura y paternalismo en Puerto Rico", un estudio que aparecerá el próximo otoño. Gelpí fue, además, quien coordinó desde San Juan la organización de este suplemento.

JUAN G. GELPI

Entre las literaturas de América latina, la puertorriqueña ocupa un lugar singular y, hasta cierto punto, paradójico. A diferencia de lo que ocurre en otros países latinoamericanos, en Puerto Rico se ha creado una literatura nacional sin haberse consolidado un Estado nacional independiente. La situación colonial de Puerto Rico —primero colonia española, más tarde colonia de Estados Unidos— explica gran parte de los rasgos de su literatura.

Conviene destacar que la tradición literaria que se construye en Puerto Rico a lo largo de este siglo ha hecho las veces de ese Estado nacional inexistente; sus clásicos, y las continuas reescrituras que de ellos se han hecho son algo así como la constitución nacional que nunca ha tenido el país. Esta posición privilegiada de la que han disfrutado los textos clásicos hasta hace unas dos o tres décadas en que se empiezan a explorar otras posibilidades tal vez ayude a explicar por qué en muy pocas ocasiones se ha apartado la literatura puertorriqueña de un realismo fundamental.

La literatura puertorriqueña surge a mediados del siglo XIX, concretamente con una serie de textos que publican once estudiantes en España y que recogieron con el título del *Aguinaldo puertorriqueño*. (La imprenta no llega a Puerto Rico hasta principios del siglo XIX.) Ya en el *Aguinaldo* hay un deseo de diferenciarse de España y de su cultura. A pesar de que hay una serie de textos decimonónicos en los cuales se advierte una literatura diferente de la española, no es hasta entrado el siglo XX que se establece claramente la idea de una literatura nacional.

Después de la invasión norteamericana que se produce a raíz de la Guerra Hispanoamericana en 1898, Puerto Rico pasa a ser colonia de Estados Unidos. Comienza entonces una campaña por parte de las instancias oficiales dirigida a asimilar a Puerto Rico a la órbita cultural norteamericana. Se implantó la enseñanza escolar en inglés, la cual no se erradica del todo del sistema educativo hasta mediados del siglo XX. Esta problemática del idioma explica el carácter purista que ha tenido la literatura puertorriqueña canónica. Al igual que sucede en otros contextos coloniales, la defensa de la lengua se vio en Puerto Rico como una forma de proteger la nación amenazada.

Ante este proceso de norteamericanización, los escritores o intelectuales puertorriqueños de las primeras tres décadas del siglo XX desarrollan un discurso muy influyente en el ámbito literario: el nacionalismo cultural. Dos revistas —la *Revista de las Antillas*, publicada entre 1913 y 1914, y la revista *Indice*, publicada entre 1929 y 1931— participaron activamente en este proyecto de afirmación de la cultura puertorriqueña. En 1934, Antonio S. Pedreira, uno de los directores de la revista *Indice*, publica *Insularismo*, una colección de ensayos en la que se trata de definir la cultura y la personalidad de los puertorriqueños. A pesar de su racismo —en él se minimiza la cultura de los puertorriqueños de origen africano—, su determinismo geográfico y su esencialismo, en *Insularismo* se inicia una teorización acerca de la literatura puertorriqueña que, aunque discutible, es muy valiosa. De hecho, es una de las primeras formulaciones de la literatura nacional en Puerto Rico. *Insularismo* es uno de los clásicos de la literatura puertorriqueña. Al igual que el *Facundo* de Sarmiento, inicia una serie de líneas en la literatura argentina que desembocan en textos posteriores como los de Borges, el texto de Pedreira repercute en la literatura posterior que se escribe en Puerto Rico. Ya bien sea para refutarlo o para apoyarse en él, muchas obras posteriores citan e incorporan este ensayo clásico.

Paralela a esta corriente de resistencia cultural se produjo en Puerto Rico, a lo largo de los años treinta, cuarenta y cincuenta, un nacionalismo político mucho más radical que fue dirigido por el Partido Nacionalista Puertorriqueño. Como respuesta a este auge de la lucha anticolonial, el gobierno colonial implanta en 1952 un status político —el Estado Libre Asociado— que, en realidad, no altera las relaciones entre la metrópoli y la colonia. A esta coyuntura, que coincide con una acelerada industrialización del país, le corresponde una literatura realista y de denuncia que tiene en los narradores —José Luis González, René Marqués y Pedro Juan Soto, entre otros— a sus mejores exponentes.

La literatura puertorriqueña reciente no ha abandonado la preocupación política que era central para los escritores anteriores. Sin embargo, se ha producido un cuestionamiento de muchos aspectos de la literatura anterior que estaba marcada por el nacionalismo cultural: el pesimismo, el puritanismo erótico y el purismo lingüístico han dado paso a una literatura más heterogénea que no excluye la experimentación formal y la exploración del erotismo. Esta literatura reciente está muy ligada a la modernización del país que se produjo durante las décadas de los cuarenta y cincuenta: de una sociedad agrícola se pasa a una sociedad que se industrializa dependiendo del capital norteamericano y en la cual se produce un acelerado proceso de crecimiento urbano y un notable proceso migratorio de las clases trabajadoras a Estados Unidos.

En el Puerto Rico de los años setenta y ochenta se produce un cambio significativo en el ámbito literario: las escritoras, que se encontraban anteriormente al margen del canon literario, comienzan a cultivar una amplia gama de textualidades. Además de ser el año en que se publica *La guaracha del Macho Camacho* de Luis Rafael Sánchez, en 1976 se dan a conocer los primeros libros de Rosario Ferré y Magalí García Ramis. Pocos años después sale al mercado *Vírgenes y mártires*: un libro de cuentos escrito en colaboración por Ana Lydia Vega y Carmen Lugo Filippi, y que constituyó un verdadero éxito editorial.

Entre 1972 y 1975 Rosario Ferré dirige una de las revistas literarias de mayor difusión: *Zona de carga y descarga*. Tanto en los textos publicados como en los editoriales y el diseño gráfico de la revista se rompe con los autores y críticos del pasado cuyo anquilosamiento y apego al realismo se desea superar. Como espacio de flujo e intercambio, *Zona* se constituyó también en lugar de encuentro con la literatura latinoamericana de esos años: en ella se incluye o se reseña la obra de Cortázar, Cardenal y Lezama Lima, y se entrevista a Donoso y Puig. La renovación que se produce en la narrativa puertorriqueña sin duda se relaciona con la lectura y asimilación de la obra de García Márquez, Borges y Cortázar; esta literatura "fantástica" revitalizó la narrativa puertorriqueña.

Todos estos escritores, al igual que los poetas que se incluyen en la presente selección, exploran temáticas que anteriormente se consideraban prohibidas. En el caso de la poesía, como bien señala Rubén Ríos Avila, el cuerpo y el erotismo, en sus distintas manifestaciones, han pasado a ocupar últimamente un primer plano. Esta poesía reciente coexiste a lo largo de este siglo con otra poesía de defensa de los distintos elementos que componen las culturas de Puerto Rico: el criollismo de un Luis Lloréns Torres, el afroantillanismo de un Luis Palés Matos y la defensa de la voz y la experiencia femeninas en la obra de Julia de Burgos.

A todo lo anterior habría que añadir la literatura de los puertorriqueños que viven en Estados Unidos, escrita tanto en inglés como en español. La experiencia de la emigración y la vida en la urbe neoyorquina que figuran en la poesía de Pedro Pietri o en la narrativa de Piri Thomas o Nicholasa Mohr está indisolublemente unida a la historia de Puerto Rico, independientemente de la lengua que usen los escritores. Sus textos también forman parte de las culturas que coexisten en ese complejo espacio —tanto de acá como de allá— que es el país puertorriqueño.



Cuatro poetas de la ISLA

La selección de poetas puertorriqueños que se incluye en este suplemento fue encomendada a Rubén Ríos Avila, autor también del breve texto de introducción. Ríos Avila es profesor de literatura comparada y teoría literaria en la Universidad de Puerto Rico. Ha publicado ensayos críticos sobre Lezama Lima y Carpentier.

Cuatro poetas puertorriqueños de hoy, cuatro aproximaciones al cuerpo. De Aurea María Sotomayor (1951), un poema a la memoria del amor hecha músculo, tentáculo, resorte animado de lo puramente físico. De Vanessa Droz (1952), un primer plano de la contundencia mortal de la vena de una mano. De Mayra Santos Febres (1966), el cuerpo de mujer como herencia erotizada de la abuela ancestral, y de Manuel Ramos Otero (1948-1990) el cuerpo de la marginalidad sexual que se asume como estandarte de otras marginalidades. Ese cuerpo concreto, tan urgentemente físico, es el cuerpo de esta nueva poesía de Puerto Rico.

Manuel Ramos Otero

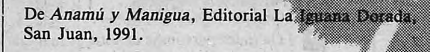
El tiempo no tiene alma, persigue nuestro camino,
son palabras que al oído le robaron toda calma,
nos persigue por el fuego que quiere ver apagado
pero el rostro disfrazado no conoce nuestro juego.
Enlutado inquisidor que no nos deja tranquilos
quiere tejer hilo a hilo mentiras donde hay amor se sueña
perseguidor de dos hombres perseguidos
su navaja es odio fino, nuestra piel todo lo aguanta.
¿Qué negro al final se espanta de su negrura infinita si
cada noche invita a inventar su propia luna, si su
soledad es una soledad de perseguido, carimbo que no
ha podido con su libertad oscura?
¿Qué mujer se queda dura al descifrar su destino
si su espejo de cordura es arma que la libera
es pájaro que no espera la jaula de la costumbre
si edifica en el derrumbe el rostro de su victoria?
¿Qué obrero pierde la vida amontonando cansancios
si al reflejo de su historia sonean otros su canto
si su memoria es un callo de mil esperanzas rotas
si su piel sabe la nota de estar vivo y deshauciado?
La persecución nos une aunque también nos señala
nos apunta en cada parque, en cada calle, en cada playa,
quiere habitar aposentos y reglamentar lujurias,
regalarnos tumbas turbias que nos borren los deseos,
velamos ojo por ojo, diente por diente arrancarnos,
hasta quel miedo de amarnos nos haga amar el olvido
y ese fuego prometido no pueda nacer del polvo.

De *Invitación al polvo*, Plaza Mayor, Río Piedras, 1991.

Mayra Santos Febres

Quédate conmigo hoy abuela
ven
duerme conmigo y sé mi amante
déjame colgarme
de tus preciosas tetas del prodigio
de tu boca llana;
vamos a meternos los dedos en elipsis
hasta llegar al canto
resoplar
y recobrar los jugos prohibidos,
los últimos, los más sabrosos
ven
cabálgame abuela
yo te llevo hasta la orilla palpitante
yo traslado tu sordera
a las agujas explosivas
a los oídos que dinamitaremos
con las espaldas desnudas,
con los dedos en la sangre de la otra
dame tu lengua y tu pubis
tus zonas más tuyas,
métete abuela dentro mío
dentro destas galerías oscuras
contritas
que balbucean tu nombre.

De *Anamú y Manigua*, Editorial La Iguana Dorada, San Juan, 1991.



Vanessa Droz

El sexto vaso

tallo sumergido a flor de piel
la vena
tronco mensajero la azulada línea del cuerpo de mi mano
abres tu canal en afluentes secundarias
salidas de las aguas
tan contenido delta y tenso
surco invertido
levantando el poro a la tempestad del aire
falo palpitante
    péndulo de los látidos
        sangre que cabalga
eres torre de los huesos   cima
de lo adentro que se inclina
a la vida toda y sus lluvias interminables
fluyes la tierra de la carne
a punta de desagüe   recibiendo
relojes de arena   flautas
y copas circulares
naces
arteria sideral   aguja del tiempo
del perpetuo centro del volcán arando
quemando la atmósfera con tu alzado pan
como si no bastara la mano
con sus cinco fuentes derramadas

De *La cicatriz a medias*, Río Piedras, Editorial Cultural, 1982.

Aurea María Sotomayor

Fuga y tentáculos

la mirada de pulpo de la memoria
Enrique Molina

Cuando la memoria subcutánea
descubra
los resquicios insulares del amor,
y atrape la sonrisa asimétrica
mitad sí,
mitad no;

¿Qué se habrá hecho de la hermosura?
¿Dónde habrá ido a refugiar
sus brazos,
sus miembros amputados, sus leyendas?
¿Dónde poner el pie sin que lo desplome
la velada traición,
la estafada caricia?

En qué lugar entonces
encontrar la esperanza,
pulpo solar del corazón,
ventosa que se adhiere,
feroz,
a una buscada esencia.
Y es entonces,
animal atacado que enrojece,
protege la cabeza con sus podos
y es de nuevo lo mismo:
sobreposición de ternura
y ternura.

Cuando la memoria subcutánea
descubra,
nadie entonces intente
trazar el radio
de su abrazo invertebrado,
las rutas que persiguen
sus estiletes dúctiles,
pormenores buscando, tinta arrojando para defenderse.

Cuando la memoria
penetre las esquinas más sagradas,
pudra cristales,
devore el límite de los muros, roce las orlas del dolor,
atrapar el sentido
o mitigar la dureza repentina
nadie intente.

Memoria mía
tantálica,
aspiradora de los resquicios
donde se aposentan
recurrentes detalles cotidianos:
el vaso de agua,
el beso innumerable,
una lección de lupa y sol
quemando hojas,
y tanteadora irreverente
del escapado gesto de cuarzo,
del ojo pétreo del cálculo.

Cuando la memoria
desintegre
el monstruo de azúcar y azufre,
el amor.

De *Sitios de la memoria*, Río Piedras, 1983.

Best Sellers///

Ficción

	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*El ojo de la patria*, por Osvaldo Soriano (Sudamericana, 15 pesos). La nueva novela de Soriano cuenta las peripecias de un agente confidencial destacado en París cuya misión secreta —la "Operación Milagro Argentino"— consiste en repatriar a un prócer de la Independencia reacondicionado en una morgue de Viena con un chip de invención nacional.	1	7
2	*Escrito en las estrellas*, por Sidney Sheldon (Emecé, 18 pesos). Lara Cameron es una mujer que se esmeró mucho para estar donde está. El oscuro pasado que trata de ocultar no impide que su fortuna crezca vertiginosamente. Pero en tan esplendoroso medio alguien planea una venganza con irremediables consecuencias para la vida de la protagonista.	2	11
3	*Doce cuentos peregrinos*, por Gabriel García Márquez (Sudamericana, 11 pesos). En plena madurez, García Márquez vuelve a sus grandes temas: el amor, el desconcierto ante la realidad, la profecía de los sueños.	4	24
4	*Los amantes*, por Morris West (Vergara, 12 pesos). Una historia donde el amor lucha contra las reglas y los compromisos de una sociedad que da más importancia a los intereses materiales que a los sentimientos.	3	6
5	*Cuatro después de la medianoche*, por Stephen King (Grijalbo, 34 pesos). El maestro del terror, autor de *La zona muerta* y *Cementerio de animales*, vuelve a mostrar su escalofriante genio en estas cuatro novelas cortas.	6	5
6	*Vigilia del Almirante*, por Augusto Roa Bastos. El autor de *Yo el Supremo* y ganador del Premio Cervantes recrea un relato de ficción impura donde el lector es el verdadero autor de la obra que reescribe al leer.	5	11
7	*El amante*, por Marguerite Duras (Tusquets, 13 pesos). El film de Jean-Jacques Annaud resucitó esta novela publicada hace nueve años, en la que Duras narra con su prosa seca y luminosa el amor de una francesa de quince años —ella misma— con un chino de treinta y dos.	—	18
8	*El ultimátum de Bourne*, por Robert Ludlum (Grijalbo, 29,50 pesos). Las ciudades se suceden a medida que crecen las confusiones, las persecuciones y las intrigas en esta novela de suspenso con todo y servicios de inteligencia.	7	5
9	*Fatherland*, por Robert Harris (Atlántida, 16 pesos). ¿Cómo hubiera sido el mundo si la Alemania nazi hubiera ganado la Segunda Guerra Mundial? Harris traza en esta novela el mapa de ese futuro que pudo haber sido realidad.	8	4
10	*Sol naciente*, por Michael Crichton (Emecé, 15 pesos). Una historia en la que los japoneses son los malos. Inaugurada la sede de una corporación nipona en Los Angeles, se descubre en ella un cadáver y el negocio se transforma en guerra.	—	7

Historia, ensayo

	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Poderes*, por Víctor Sueiro (Planeta, 14 pesos). Niños que realizan viajes astrales, curas súbitas e inexplicables y apariciones de la Virgen de San Nicolás son algunos de los sobrenaturales temas de este libro.	1	9
2	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Urano, 11,80 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	3	81
3	*De la Pampa a los Estados Unidos*, por René G. Favaloro (Sudamericana, 11 pesos). Reflexiones, recuerdos y experiencias del médico argentino que viajó a Estados Unidos para perfeccionarse y convertirse más tarde en un muy acreditado cirujano.	4	6
4	*El posliberalismo*, por Mariano Grondona (Planeta, 15 pesos). Grondona analiza la crisis de la democracia en ciertos países ricos y examina los diferentes modelos de Estado para establecer si el régimen democrático es la meta final o si existe una forma ulterior, la posdemocracia.	2	9
5	*Para ser una mujer*, por Martha Mercader (Planeta, 16 pesos). Lejos del bolero, la escritora reflexiona en su autobiografía, con la historia reciente de este país y del mundo, sobre el rol de la mujer en la sociedad y su relación con la libertad y el amor.	7	4
6	*Los dueños de la Argentina*, por Luis Majul (Sudamericana, 15 pesos). A través de cinco personajes se intenta desentrañar el viejo contubernio entre los poderosos grupos económicos y el gobierno de turno, en una investigación que quiere revelar quiénes ejercen el poder real en el país.	5	40
7	*Cuba existe* por Rodolfo Livingston (La Urraca, 12 pesos). Subtitulado *Es socialista y no está en coma*, el libro reúne una serie de charlas que el autor ofreció en la Casa de la Amistad Argentino-Cubana, sobre sus experiencias en la isla.	—	1
8	*El miedo a los hijos*, por Jaime Barylko (Emecé, 12 pesos). Análisis de la responsabilidad que los padres tienen en el crecimiento y en el desarrollo intelectual de los hijos, responsabilidad que puede ser afectada gravemente por el miedo.	8	3
9	*Fracturas y continuidades*, por Félix Luna (Sudamericana, 12 pesos). Un análisis sobre las rupturas que se produjeron en la sociedad y que activaron los procesos históricos y de las continuidades o líneas de evolución a través de las cuales se desarrollan esos procesos.	—	8
10	*Las guerra del siglo XXI*, por Lester Thurow (Vergara, 17,20 pesos). Tras la caída del Este, cancelada la Guerra Fría, tres potencias —Japón, Europa y Estados Unidos— se disputan el mundo con el capitalismo como única bandera.	6	5

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe (Capital Federal), Garabombo (San Martín); El Monje (Quilmes); El Aleph (La Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

Nota: Para esta lista, no se toman en cuenta las ventas en kioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Pedro Azara: **Imagen de lo invisible** (Anagrama). Arquitecto y profesor de estética, autor de *De la fealdad del arte moderno*, Azara intenta establecer en este ensayo un criterio no dogmático que señala aquellas obras artísticas que merecen ser miradas.

Guillermo Martínez: **Acerca de Roderer** (Planeta). Personaje de una extraña densidad, genio oscuro, Roderer y su búsqueda extraordinaria son descriptos como contrapunto de un narrador al que ha vencido en una significativa partida de ajedrez.

César Fernández Moreno: **Ambages completos** (De la Flor). Edición que reúne esas exquisitas piezas publicadas antes en *Ambages* y *Con ambages* —libro suscripto por el alter ego de Fernández Moreno, Franz Moreno—, más otras inéditas.

Joaquim Machado de Assis: **Misa de gallo y otros cuentos** (Grupo Editorial Norma). La infidelidad, el arribismo, la traición y la locura en una reedición de los relatos del autor brasileño, acompañados por ensayos de Alfredo Bosi y Elkin Obregón.

Carnets///

FICCION

Virtuosa enorm

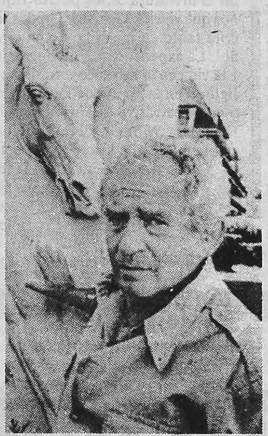
EL FANTASMA DE HARLOT, por Norman Mailer. Emecé, 1992, 950 páginas.

La enormidad es el menos elusivo, el más inmediato de los atributos de Norman Mailer: las 950 páginas de *El fantasma de Harlot*, una novela sobre la CIA, nada hacen para desmentirlo. *El fantasma de Harlot* es, también, el tipo de novela *maximalista* que nunca hubiera podido escribir John Barth, el teórico del género; Mailer, después de todo, es un veterano de la Segunda Guerra y un ensayista político, no un becario.

En una fotografía célebre, atribuible a los 60, se ve a Mailer flanqueado por Chomsky, Lowell y otros (ninguna mujer), de cara al sol, marchando contra el Pentágono. Hay en *El fantasma de Harlot* un inevitable aire de acorde final, de culminación de la larga marcha. Con Chomsky, con Lowell, con la tradición más insistente de *liberals* y *radicals*, Mailer comparte la sospecha de que el totalitarismo no adoptaría en la tierra de los libres las formas baratas de las camisas pardas y el paso de ganso; los libres son demasiado americanos como para eso.

James Jesus Angleton, el ex director de la CIA, sirvió como modelo para Hugh Tremont Montague (cuyo criptónimo es el *Harlot* del título), padrino del narrador, Harry Hubbard. Angleton había sido un compañero del joven T. S. Eliot y un poeta futurista en Yale, donde publicaba una revista literaria, *Furioso*, llena de difíciles modernistas como Ezra Pound, cuyo entusiasmo por Mussolini era aparentemente contagioso.

Vanguardias del siglo XX, futurismo, fascismo. Pero en alianza con



el ambiente WASP, Nueva Inglaterra y las universidades Ivy League. De este maridaje surge la CIA del libro. Dos partes muy asimétricas, Omega y Alfa, sostienen la novela. La primera de las ficciones en esta polaridad rosacruz ocupa cien páginas y se deja resumir más fácilmente. Es una historia gótica de endogamia en la CIA. En 1983 —Estados Unidos no ha elegido aún como presidente a un antiguo director de la Compañía, el imperio del mal todavía existe y todavía es comunista e imperial—, Harry, que ha conseguido el amor de Kittredge, ex mujer de Harlot, descubre, cuando llega a su propiedad en Maine —una mansión debidamente hechizada—, el cadáver de Harlot, a su mujer entregada a Dix Butler, un agente bisexual cuyos avances él había rechazado en Berlín, y los pantanos de la casa rodeados por una patrulla de la CIA.

El Manuscrito Alfa comienza entonces; narra el *Bildungsroman* de Harry: cómo se ha hecho agente. Nuevo Julien Sorel, ha ingresado en la CIA en busca del heroísmo y no de la burocracia. Son, por cierto, los años heroicos, cuando el puritanismo había creado las reglas del juego de una Guerra Fría que sin embargo no jugaba, sobre el terreno, una clase mandarinal sino *duros* al estilo FBI.

Después de la teoría, la praxis. Berlín es el primer destino de Harry tras los años de aprendizaje; y Berlín, al menos desde Isherwood y Auden, es un lugar clásico para la iniciación en las letras inglesas. Nada falta en 1955 de la república de Weimar, de los escenarios expresionistas: bares, sexclubs, ondinismo y homosexualidad —y las bodas de conspiración y homosexualidad son también como en Burroughs, un lugar clásico—. Para Mailer, el *homo duplex* (Alfa y Omega) es la más privilegiada de las metáforas del espionaje, el agente doble. Las 150 páginas de la sección berlinesa podrían constituir, por su mero volumen y por las complicaciones de la trama, una obra independiente. De hecho, adelgazando la anécdota central (la construcción de un túnel para espiar a los soviéticos), Ian McEwan escribió su novela de aprendizaje *El inocente*, cuya economía ática (cada escena hace avanzar la acción, la palabra no se traiciona nunca a sí misma) es la antítesis del ideal estilístico de Mailer, más cercano, ya desde las dimensiones mismas, al de *Moby Dick*.

El próximo destino de Harry es el

FICCION

Las mil y una voces

GALINDEZ, por Manuel Vázquez Montalbán. Planeta, 1992, 356 páginas.

El Galíndez personaje de esta novela de Vázquez Montalbán fue, en realidad, Jesús Galíndez Suárez, nacido el 12 de octubre en 1915 en Madrid, representante del Partido Nacionalista Vasco en Nueva York, exiliado en Santo Domingo y en Estados Unidos donde dictó cátedra en la Universidad de Columbia. Debido a su ensayo *La era de Trujillo*, escrito en 1956, fue secuestrado en Nueva York por el largo brazo de la dictadura trujillista y conducido a Santo Domingo en el mayor de los secretos, donde fue salvajemente torturado y asesinado. Hasta allí, la historia real. Pero, ¿cuál es la historia real?

"Veleyo Patérculo escribió una historia por encargo de Tiberio en la que trataba de demostrar que todo el movimiento de la Historia Universal conducía al esplendor biohistórico de su mecenas. De esta manera, el control llegaba hasta el futuro, condicionando la misma memoria de la historia y actuaba sobre el presente reforzando el mito imperial. Esta utilización de escritores adictos se complementaba con la represión de los antagonistas y cabe inscribirla en el todo de una manipulación total de la comunicación. Por ejemplo, la efigie del emperador apareció grabada sobre las monedas, como un medio de comunicación de un poder que avalaba el valor de cambio del metal. Esta técnica se ha conservado intacta hasta nuestros días", dice Vázquez Montalbán en *Historia y comunicación social* (Alianza, 1985).

A partir de allí, Montalbán es Muriel Colbert, becaria norteamericana que trabaja en los pasos de Galíndez para su ensayo sobre la ética de la resistencia. Montalbán es Voltaire o Don Angelito, viejo mercenario a medias reaccionario y a medias revolucionario que vive en Miami desde "antes de que estuvieran las calles". Montalbán es Robert Robards o Alfred o Edward o como se llame en realidad (¿en realidad?) el agente secreto estadounidense cansado de la incultura de sus pares. Montalbán es Ricardo, el novio español de Muriel. Montalbán es Norman Radcliffe, profesor a cargo de la beca de Muriel. Montalbán es Trujillo y los esbirros de Trujillo y los oscuros cubanos y haitianos exiliados en Miami y los familiares vascos de Ricardo en pleno bosque. Montalbán es Galíndez. Jesús Galíndez.

Como un rompecabezas imposible, en la misma línea que Umberto Eco en *El nombre de la rosa*, Antonia Byatt en *Posesión* o Graham Swift en *El país del agua*, Vázquez Montalbán en *Galíndez* las mil y una voces de la historia. Todos son personajes principales en determinado momento y cualquiera de ellos es secundario diez páginas más allá. Principios de capítulo donde el que habla, recuerda, vive o sufre puede ser uno u otro. Uno y todos: fragmentos de un Galíndez increíble, precisamente por su credibilidad. Todos pueden ser cualquiera, "pero hay que elegir entre leer o vivir", dice Montalbán en la página 116.

Entonces, el creador de Pepe Carvalho, el Premio Nacional de Literatura Española 1991, el autor de *El pianista*, Manuel Vázquez Montalbán (Barcelona, 1939) mezcla las cartas de sus personajes mientras sabe que la historia, a veces, demasiadas veces, adquiere características circulares. Características que harán de Muriel Colbert una segunda Galíndez. O un segundo asesinato de Galíndez.

Y como dice Cepeda, uno de los tantos personajes inolvidables de esta historia: "... todo lo que ganábamos lo metíamos en un jarrón, sin llevar cuentas de quién metía más, quién metía menos y cada cual vivía según su sentido de la solidaridad y sus necesidades. He pensado que llegará un día en que el comunismo triunfe en el mundo y funcionará algo parecido a lo del jarrón. Todo estará lleno de jarrones y la gente meterá la mano y sacará lo que necesite para vivir". "Estará asegurada la producción de jarrones", dice Galíndez. Y, gracias a Vázquez Montalbán, la de literatura.

MIGUEL RUSSO

Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*El ojo de la patria*, por Osvaldo Soriano (Sudamericana, 15 pesos). La nueva novela de Soriano cuenta las peripecias de un agente confidencial destacado en París cuya misión secreta —la "Operación Milagro Argentino"— consiste en repatriar a un prócer de la Independencia reacondicionado en una morgue de Viena con un chip de invención nacional.	1	7
2	*Escrito en las estrellas*, por Sidney Sheldon (Emecé, 18 pesos). Lara Cameron es una mujer que se esmeró mucho para estar donde está. El oscuro pasado que trata de ocultar no impide que su fortuna crezca vertiginosamente. Pero en tan esplendoroso medio alguien planea una venganza con irremediables consecuencias para la vida de la protagonista.	2	11
3	*Doce cuentos peregrinos*, por Gabriel García Márquez (Sudamericana, 11 pesos). En plena madurez, García Márquez vuelve a sus grandes temas: el amor, el desconcierto ante la realidad, la profecía de los sueños.	4	24
4	*Los amantes*, por Morris West (Vergara, 12 pesos). Una historia donde el amor lucha contra las reglas y los compromisos de una sociedad que da más importancia a los intereses materiales que a los sentimientos.	3	6
5	*Cuatro después de la medianoche*, por Stephen King (Grijalbo, 34 pesos). El maestro del terror, autor de *La zona muerta* y *Cementerio de animales*, vuelve a mostrar su escalofriante genio en estas cuatro novelas cortas.	6	5
6	*Vigilia del Almirante*, por Augusto Roa Bastos. El autor de *Yo el Supremo* y ganador del Premio Cervantes recrea un relato de ficción impura donde el lector es el verdadero autor de la obra que reescribe al leer.	5	11
7	*El amante*, por Marguerite Duras (Tusquets, 13 pesos). El film de Jean-Jacques Annaud resucitó esta novela publicada hace nueve años, en la que Duras narra con su prosa seca y luminosa el amor de una francesa de quince años —ella misma— con un chino de treinta y dos.	—	18
8	*El ultimátum de Bourne*, por Robert Ludlum (Grijalbo, 29,50 pesos). Las ciudades se suceden a medida que crecen las confusiones, las persecuciones y las intrigas en esta novela de suspenso con todo y servicios de inteligencia.	7	5
9	*Fatherland*, por Robert Harris (Atlántida, 16 pesos). ¿Cómo hubiera sido el mundo si la Alemania nazi hubiera ganado la Segunda Guerra Mundial? Harris traza en esta novela el mapa de ese futuro que pudo haber sido realidad.	8	4
10	*Sol naciente*, por Michael Crichton (Emecé, 15 pesos). Una historia en la que los japoneses son los malos. Inaugurada la sede de una corporación nipona en Los Angeles, se descubre en ella un cadáver y el negocio se transforma en guerra.	—	7

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Poderes*, por Víctor Sueiro (Planeta, 14 pesos). Niños que realizan viajes astrales, curas súbitas e inexplicables y apariciones de la Virgen de San Nicolás son algunos de los sobrenaturales temas de este libro.	1	9
2	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Urano, 11,80 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	3	81
3	*De la Pampa a los Estados Unidos*, por René G. Favaloro (Sudamericana, 11 pesos). Reflexiones, recuerdos y experiencias del médico argentino que viajó a Estados Unidos para perfeccionarse y convertirse más tarde en un muy acreditado cirujano.	4	6
4	*El posliberalismo*, por Mariano Grondona (Planeta, 15 pesos). Grondona analiza la crisis de la democracia en ciertos países ricos y examina los diferentes modelos de Estado para establecer si el régimen democrático es la meta final o si existe una forma ulterior, la posdemocracia.	2	9
5	*Para ser una mujer*, por Martha Mercader (Planeta, 16 pesos). Lejos del bolero, la escritora reflexiona en su autobiografía, con la historia reciente de este país y del mundo, sobre el rol de la mujer en la sociedad y su relación con la libertad y el amor.	7	4
6	*Los dueños de la Argentina*, por Luis Majul (Sudamericana, 15 pesos). A través de cinco personajes se intenta desentrañar el viejo contubernio entre los poderosos grupos económicos y el gobierno de turno, en una investigación que quiere revelar quiénes ejercen el poder real en el país.	5	40
7	*Cuba existe* por Rodolfo Livingston (La Urraca, 12 pesos). Subtitulado *Es socialista y no está en coma*, el libro reúne una serie de charlas que el autor ofreció en la Casa de la Amistad Argentino-Cubana, sobre sus experiencias en la isla.	—	1
8	*El miedo a los hijos*, por Jaime Barylko (Emecé, 12 pesos). Análisis de la responsabilidad que los padres tienen en el crecimiento y en el desarrollo intelectual de los hijos, responsabilidad que puede ser afectada gravemente por el miedo.	8	3
9	*Fracturas y continuidades*, por Félix Luna (Sudamericana, 12 pesos). Un análisis sobre las rupturas que se produjeron en la sociedad y que activaron los procesos históricos y de las continuidades o líneas de evolución a través de las cuales se desarrollan esos procesos.	—	8
10	*Las guerra del siglo XXI*, por Lester Thurow (Vergara, 17,20 pesos). Tras la caída del Este, cancelada la Guerra Fría, tres potencias —Japón, Europa y Estados Unidos— se disputan el mundo con el capitalismo como única bandera.	6	5

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe (Capital Federal), Garabombo (San Martín); El Monje (Quilmes); El Aleph (La Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

Nota: Para esta lista, no se toman en cuenta las ventas en kioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Pedro Azara: **Imagen de lo invisible** (Anagrama). Arquitecto y profesor de estética, autor de *De la fealdad del arte moderno*, Azara intenta establecer en este ensayo un criterio no dogmático que señala aquellas obras artísticas que merecen ser miradas.

Guillermo Martínez: **Acerca de Roderer** (Planeta). Personaje de una extraña densidad, genio oscuro, Roderer y su búsqueda extraordinaria son descriptos como contrapunto de un narrador al que ha vencido en una significativa partida de ajedrez.

César Fernández Moreno: **Ambages completos** (De la Flor). Edición que reúne esas exquisitas piezas publicadas antes en *Ambages* y *Con ambages* —libro suscripto por el alter ego de Fernández Moreno, Franz Moreno—, más otras inéditas.

Joaquim Machado de Assis: **Misa de gallo y otros cuentos** (Grupo Editorial Norma). La infidelidad, el arribismo, la traición y la locura en una reedición de los relatos del autor brasileño, acompañados por ensayos de Alfredo Bosi y Elkin Obregón.

Carnets///

FICCION

Virtuosa enormidad

EL FANTASMA DE HARLOT, por Norman Mailer. Emecé, 1992, 950 páginas.

La enormidad es el menos elusivo, el más inmediato de los atributos de Norman Mailer: las 950 páginas de *El fantasma de Harlot*, una novela sobre la CIA, nada hacen para desmentirlo. *El fantasma de Harlot* es, también, el tipo de novela *maximalista* que nunca hubiera podido escribir John Barth, el teórico del género; Mailer, después de todo, es un veterano de la Segunda Guerra y un ensayista político, no un becario.

En una fotografía célebre, atribuible a los 60, se ve a Mailer flanqueado por Chomsky, Lowell y otros (ninguna mujer), de cara al sol, marchando contra el Pentágono. Hay en *El fantasma de Harlot* un inevitable aire de acorde final, de culminación de la larga marcha. Con Chomsky, con Lowell, con la tradición más insistente de *liberals* y *radicals*, Mailer comparte la sospecha de que el totalitarismo no adoptaría en la tierra de los libres las formas baratas de las camisas pardas y el paso de ganso; los libres son demasiado americanos como para eso.

James Jesus Angleton, el ex director de la CIA, sirvió como modelo para Hugh Tremont Montague (cuyo criptónimo es el *Harlot* del título), padrino del narrador, Harry Hubbard. Angleton había sido un compañero del joven T. S. Eliot y un poeta futurista en Yale, donde publicaba una revista literaria, *Furioso*, llena de difíciles modernistas como Ezra Pound, cuyo entusiasmo por Mussolini era aparentemente contagioso.

Vanguardias del siglo XX, futurismo, fascismo. Pero en alianza con



el ambiente WASP, Nueva Inglaterra y las universidades Ivy League. De este maridaje surge la CIA del libro. Dos partes muy asimétricas, Omega y Alfa, sostienen la novela. La primera de las ficciones en esta polaridad rosacruz ocupa cien páginas y se deja resumir más fácilmente. Es una historia gótica de endogamia en la CIA. En 1983 —Estados Unidos no ha elegido aún como presidente a un antiguo director de la Compañía, el imperio del mal todavía existe y todavía es comunista e imperial—, Harry, que ha conseguido el amor de Kittredge, ex mujer de Harlot, descubre, cuando llega a su propiedad en Maine —una mansión debidamente hechizada—, el cadáver de Harlot, a su mujer entregada a Dix Butler, un agente bisexual cuyos avances él había rechazado en Berlín, y los pantanos de la casa rodeados por una patrulla de la CIA.

El Manuscrito Alfa comienza entonces; narra el *Bildungsroman* de Harry: cómo se ha hecho agente. Nuevo Julien Sorel, ha ingresado en la CIA en busca del heroísmo y no de la burocracia. Son, por cierto, los años heroicos, cuando el puritanismo había creado las reglas del juego de una Guerra Fría que sin embargo no jugaba, sobre el terreno, una clase mandarinal sino *duros* al estilo FBI.

Después de la teoría, la praxis. Berlín es el primer destino de Harry tras los años de aprendizaje; y Berlín, al menos desde Isherwood y Auden, es un lugar clásico para la iniciación en las letras inglesas. Nada falta en 1955 de la república de Weimar, de los escenarios expresionistas: bares, sexclubs, ondinismo y homosexualidad —y las bodas de conspiración y homosexualidad son también como en Burroughs, un lugar clásico—. Para Mailer, el *homo duplex* (Alfa y Omega) es la más privilegiada de las metáforas del espionaje, el agente doble. Las 150 páginas de la sección berlinesa podrían constituir, por su mero volumen y por las complicaciones de la trama, una obra independiente. De hecho, adelgazando la anécdota central (la construcción de un túnel para espiar a los soviéticos), Ian McEwan escribió su novela de aprendizaje *El inocente*, cuya economía ática (cada escena hace avanzar la acción, la palabra no se traiciona nunca a sí misma) es la antítesis del ideal estilístico de Mailer, más cercano, ya desde las dimensiones mismas, al de *Moby Dick*.

El próximo destino de Harry es el Uruguay. Abandona Alemania sin haber tenido que vérselas nunca con un político alemán o con la ideología de la Reconstrucción. Es que para la CIA nada de ello tiene suficiente consistencia: las decisiones que mueven el mundo no son visibles para los profanos. En esa geografía mental de pálidas Zemblas, la diversidad es ilusoria; Latinoamérica, tan fantasmagórica como Europa.

La novela se prolonga hasta 1965, hasta la Revolución Cubana, la crisis de los misiles, los asesinatos de Kennedy, Marilyn Monroe y Castro (exitosos o no, tal como puede verse, según la víctima). Al llegar aquí se descubre, si no se descubrió antes, que el hiato con 1983 no se salvará nunca, porque la novela concluye —es una manera de decir— con un CONTINUARA.

En la mayoría de los casos, la forma de una carrera literaria se infiere *a posteriori* del conjunto de obras publicadas. En Mailer, por el contrario, esa forma parece trazada de antemano y determina lo que se ha de producir. Las líneas del desarrollo, guiadas por ideas románticas de la vocación, se vuelven entonces necesarias, desde el naturalismo de *Los desnudos y los muertos* (1948) hasta el contexto de reportaje histórico de los últimos libros. Por una paradoja aparente, el abandono de la ficción no disminuye sino que aumenta las hipérboles y el melodrama. Mailer recluta así a sus mejores lectores entre quienes están dispuestos a leerlo como al autor de un gigantesco *work in progress*. Ciertamente, no todos pueden permitírselo; para ellos escribió Mailer *El fantasma de Harlot*, como si la actuación de un boxeador quedara adecuadamente resumida en el KO final.

El fantasma de Harlot, una novela sobre la CIA, tiene en Rolando Costa Picazo a su traductor más adecuado.

Norman Mailer
El fantasma de Harlot
grandes novelistas · emecé

ALFREDO GRIECO Y BAVIO

FICCION

Las mil y una voces

GALINDEZ, por Manuel Vázquez Montalbán. Planeta, 1992, 356 páginas.

El Galíndez personaje de esta novela de Vázquez Montalbán fue, en realidad, Jesús Galíndez Suárez, nacido el 12 de octubre en 1915 en Madrid, representante del Partido Nacionalista Vasco en Nueva York, exiliado en Santo Domingo y en Estados Unidos donde dictó cátedra en la Universidad de Columbia. Debido a su ensayo *La era de Trujillo*, escrito en 1956, fue secuestrado en Nueva York por el largo brazo de la dictadura trujillista y conducido a Santo Domingo en el mayor de los secretos, donde fue salvajemente torturado y asesinado. Hasta allí, la historia real. Pero, ¿cuál es la historia real?

"Veleyo Patérculo escribió una historia por encargo de Tiberio en la que trataba de demostrar que todo el movimiento de la Historia Universal conducía al esplendor biohistórico de su mecenas. De esta manera, el control llegaba hasta el futuro, condicionando la misma memoria de la historia y actuaba sobre el presente reforzando el mito imperial. Esta utilización de escritores adictos se complementaba con la represión de los antagonistas y cabe inscribirla en el todo de una manipulación total de la comunicación. Por ejemplo, la efigie del emperador apareció grabada sobre las monedas, como un medio de comunicación de un poder que avalaba el valor de cambio del metal. Esta técnica se ha conservado intacta hasta nuestros días", dice Vázquez Montalbán en *Historia y comunicación social* (Alianza, 1985).

A partir de allí, Montalbán es Muriel Colbert, becaria norteamericana que trabaja en los pasos de Galíndez para su ensayo sobre la ética de la resistencia. Montalbán es Voltaire o Don Angelito, viejo mercenario a medias reaccionario y a medias revolucionario que vive en Miami desde "antes de que estuvieran las calles". Montalbán es Robert Robards o Alfred o Edward o como se llame en realidad (¿en realidad?) el agente secreto estadounidense cansado de la incultura de sus pares. Montalbán es Ricardo, el novio español de Muriel. Montalbán es Norman Radcliffe, profesor a cargo de la beca de Muriel. Montalbán es Trujillo y los esbirros de Trujillo y los oscuros cubanos y haitianos exiliados en Miami y los familiares vascos de Ricardo en pleno bosque. Montalbán es Galíndez. Jesús Galíndez.

Como un rompecabezas imposible, en la misma línea que Umberto Eco en *El nombre de la rosa*, Antonia Byatt en *Posesión* o Graham Swift en *El país del agua*, Vázquez Montalbán en *Galíndez* las mil y una voces de la historia. Todos son personajes principales en determinado momento y cualquiera de ellos es secundario diez páginas más allá. Principios de capítulo donde el que habla, recuerda, vive o sufre puede ser uno u otro. Uno y todos: fragmentos de un Galíndez increíble, precisamente por su credibilidad. Todos pueden ser cualquiera, "pero hay que elegir entre leer o vivir", dice Montalbán en la página 116.

Entonces, el creador de Pepe Carvalho, el Premio Nacional de Literatura Española 1991, el autor de *El pianista*, Manuel Vázquez Montalbán (Barcelona, 1939) mezcla las cartas de sus personajes mientras sabe que la historia, a veces, demasiadas veces, adquiere características circulares. Características que harán de Muriel Colbert una segunda Galíndez. O un segundo asesinato de Galíndez.

Y como dice Cepeda, uno de los tantos personajes inolvidables de esta historia: "... todo lo que ganábamos lo metíamos en un jarrón, sin llevar cuentas de quién metía más quién metía menos y cada cual vivía según su sentido de la solidaridad y sus necesidades. He pensado que llegará un día en que el comunismo triunfe en el mundo y funcionará algo parecido a lo del jarrón. Todo estará lleno de jarrones y la gente meterá la mano y sacará lo que necesite para vivir". "Estará asegurada la producción de jarrones", dice Galíndez. Y, gracias a Vázquez Montalbán, la de literatura.

MIGUEL RUSSO

FICCION

En el nombre del padre

PADRES E HIJOS, por Franz Kafka. Anagrama, Colección "Compactos", 1992, 170 páginas.

Desde que el mundo es mundo, todos los hijos se dedicaron, en algún momento de sus vidas, a buscarles defectos a sus progenitores. También se sabe, desde los tiempos de Freud, que los hijos varones desean matar al padre para quedarse con la mamá. Pero pocos creadores han tenido tantos problemas con la figura de su padre como le ocurrió a Franz Kafka. Basta recorrer sus obras fundamentales para encontrar en ellas, de manera directa o tras la máscara del poder, una figura paterna autoritaria, temible e insoportable: la *Metamorfosis, América, El castillo* o *El proceso* dejan aflorar una presencia paternal que lleva a la destrucción.

Como ocurre con algunos otros escritores (en la Argentina, el caso de Alejandra Pizarnik es el más claro), es imposible separar la escritura ficcional de la vida soportada por Kafka. Esta obsesión literaria por mostrar padres tan poderosos como desagradables, se encuentra totalmente ligada a los problemas que Kafka tenía con Hermann, su padre. Como testimonio de ello está su "Carta al padre" escrita por Franz tres años antes de su muerte y que hoy es posible leer como el alegato "antipaternal" más duro y más patético que se haya escrito. La misiva, que nunca llegó a manos de Hermann gracias a la mediación de su esposa, pone de manifiesto todo aquello que obsesionó (y torturó) a Franz a lo largo de su corta vida.

Franz Kafka
Padres e hijos
COMPACTOS ANAGRAMA

Padres e hijos reúne aquellos textos que tienen de manera evidente al progenitor como figura central. En esta antología —cuya columna vertebral es, justamente, la "Carta al padre"— se encuentra uno de los mejores cuentos de Kafka, "La condena" y una serie de relatos cortos de calidad pareja: "El mundo urbano", "Barullo", "Regreso al hogar", "El matrimonio" y el magistral "Once hijos". Sin agotar, obviamente, el tema (falta, por lo menos, la *Metamorfosis*, donde el padre juega un papel fundamental), este conjunto de textos tiene la virtud de mostrar uno de los aspectos que hacen a la poética de Kafka: su rechazo, su temor, su insuperable extrañamiento ante la figura de aquel que le dio el ser y cuya sombra nunca pudo alejar de su vida. Ni de su obra.

SERGIO S. OLGUIN

ENSAYO

América latina como discurso

Noé Jitrik
HISTORIA DE UNA MIRADA
EL SIGNO DE LA CRUZ EN LAS ESCRITURAS DE COLON
EDICIONES DE LA FLOR

HISTORIA DE UNA MIRADA. EL SIGNO DE LA CRUZ EN LAS ESCRITURAS DE COLON, por Noé Jitrik. Ediciones de la Flor, 1992, 232 páginas.

El azar de una cifra, a la que curiosamente se denomina "redonda", ha reactivado el debate sobre la conquista de América a lo largo de 1992. Cuando Noé Jitrik, en *Historia de una mirada*, dice "descubrimiento, llegada, encuentro o como se lo quiera llamar", está evidenciando que él se propone, de alguna manera, discutir sobre otra cosa. Prefiere, de hecho, hablar de conquista y no de encuentro, pero lo que el trabajo se propone abordar es otra cuestión, y esa otra cuestión es la escritura. Escapar de los términos consabidos de una polémica previsible es su primera virtud.

Historia de una mirada trabaja, como la ficción, a partir de un "como si": lee a Colón "como si" fuese un escritor y lee sus diarios o sus testamentos "como si" fuesen literatura. Desde luego, así leídos, lo son. Noé Jitrik desarrolla entonces un análisis de los textos de Cristóbal Colón logrando definir, en la escritura, algunos de los problemas claves de una identidad latinoamericana tal como se los puede pensar hoy.

Jitrik parte de la tensión entre la sorpresa y la necesidad de representación que se verifica en los textos colombinos, sus problemas para adecuar los enigmas del referente al modelo previo con que se lo enfrenta. La comparación, en primera instancia, y más acabadamente la metáfora, son los mecanismos que la mirada del crítico detecta en el discurso, para caracterizar a su vez a la mirada del conquistador.

A partir de allí, Jitrik despliega una aguda lectura de la escritura de Colón, pero también un trabajo crítico que se expande con solidez hacia diferentes aspectos culturales y políticos: la construcción de la Capilla Real de Granada, el espacio del baño en la vida morisca, el trueque con los indios, el oro, la cruz. Y en todos esos signos —eso es este libro: una lectura de signos— está también América latina. *Historia de una mirada* es un libro sobre lo latinoamericano que acierta en eludir las esencias y las mistificaciones y en apuntar a las estrategias mediante las cuales lo latinoamericano se produce. No es un ensayo social ni un estudio histórico: es un libro de teoría y de crítica discursiva en el que América latina queda definida en la considerable capacidad de Jitrik para reflexionar desde un referente metodológico diverso y actual: Roland Barthes, Michel Foucault, Julia Kristeva, y otra serie de teóricos entre los que aparece —no sin una dosis de autoestima— el propio Jitrik.

Historia de una mirada se propone la meticulosidad: es un trabajo que se quiere minucioso antes que ágil. Se trata de una lectura atenta y cuidadosa y exige una lectura de las mismas características. Un valioso nivel de reflexión y una perspectiva notablemente movilizadora es lo que logra.

El volumen que ahora edita De la Flor retoma una publicación que la Universidad Autónoma de Puebla realizó en México en 1983. Jitrik ha reescrito prácticamente todo el trabajo, agregando tramos, ampliando sus referentes teóricos y reorganizando su material. No sólo en este sentido, puede decirse que *Historia de una mirada* es producto de una acumulación y una revisión de saberes y de trabajos ya escritos. Noé Jitrik atravesó en su trayectoria crítica diversas etapas: desde lo que él mismo denominó "época sociológica" (los años cincuenta, bajo la influencia de su participación en la revista *Contorno*), pasando por la impronta estructuralista y la lingüística, hasta llegar a la escritura como categoría y como objeto. Su exilio en México durante la última dictadura argentina significó la apertura a una problemática latinoamericana (en *La memoria compartida*, por ejemplo), a un enfoque reflexivo no sólo sobre la literatura sino sobre cuestiones políticas (*Las armas y las razones*) o sobre una multiplicidad de signos culturales (*El callejón*), tanto como a la teorización sobre semiótica y sobre el discurso (*El balcón barroco*).

No es que las etapas se sumen ni que *Historia de una mirada* sea el emergente de una germinación. Pero las etapas tampoco se borran unas a otras al sucederse, y es todo un recorrido crítico el que da cuenta de la realidad del análisis y la solidez metodológica que en este último libro se evidencian..

MARTIN KOHAN

ENSAYO

Realidad y relato

NOMBRAR LO INNOMBRABLE, por Fernando Reati. Legasa, 1992, 268 páginas.

El ensayo de Fernando Reati recorta prolijamente su campo de interés desde su mismo subtítulo: *Violencia política y novela argentina: 1975-1985*. A partir de tal especificidad temática, el autor se circunscribe a lo que se podría denominar estrategias de la ficción narrativa para dar cuenta desde el campo textual de algo que no tenía nombre (casi literalmente) en el espacio de la realidad: el genocidio perpetrado por el régimen militar.

Se imponen, en principio, algunas aclaraciones en torno del registro ensayístico que informa el volumen: el libro de Reati no es un libro de crítica literaria en cuanto aproximación a textos concretos para decodificar su estructura a partir de una metodología determinada. Aquí se trata —acaso inversamente— de delimitar un contexto histórico y ver cómo ha sido iluminado por los textos que en su interior —y a su influjo— se fueron constituyendo. Si bien Reati nombra determinados textos de ficción, no lo hace sino en la medida en que éstos tradujeron el clima de violencia desatada en la sociedad argentina de la época. Esta es la característica del discurso crítico y, a la vez, la matriz de alguna de sus disonancias. Reati abusa, en algunos pasajes, de la incidencia de la infraestructura política sobre las características del corpus narrativo del período al que se aboca. Pretender, por ejemplo, que los experimentalismos narrativos se agotan —aserto, en principio, harto discutible— en consonancia con la polarización clásica de corte partidario que se registra en las elecciones de 1983 es, por lo menos, una temeridad interpretativa.

Asimismo, en el afán de hallar intensas correlaciones entre texto y contexto, Reati cae, por momentos, en una indiscriminación que da como resultado un catálogo de textos y autores cuya profusa enumeración parece encolumnarse tras una voluntad abarcativa en desmedro de un análisis minucioso. Ello no obsta para que en los mejores pasajes del libro se puedan atisbar puntos de vista nada desdeñables en turno a obras tales como *Cuarteles de invierno, El beso de la mujer araña, Cola de lagartija*, o apuntes sobre la noción de exilio en la obra de Rodolfo Rabanal.



Pero más allá de errores por exceso o defecto, lo más destacable del libro de Reati es haber incursionado por una zona de la literatura argentina —la constituida por autores que comienzan a publicar durante los primeros años de la década del '70— que, salvo raras y contadas excepciones, aún no había sido trajinada por una crítica seria y articulada. *Nombrar lo innombrable*, en este sentido, es un intento de sistematización y ordenamiento; y no es un mérito menor.

OSVALDO GALLONE

idad

Norman Mailer

El fantasma de Harlot

grandes novelistas · emecé

Uruguay. Abandona Alemania sin haber tenido que vérselas nunca con un político alemán o con la ideología de la Reconstrucción. Es que para la CIA nada de ello tiene suficiente consistencia: las decisiones que mueven el mundo no son visibles para los profanos. En esa geografía mental de pálidas Zemblas, la diversidad es ilusoria; Latinoamérica, tan fantasmagórica como Europa.

La novela se prolonga hasta 1965, hasta la Revolución Cubana, la crisis de los misiles, los asesinatos de Kennedy, Marilyn Monroe y Castro (exitosos o no, tal como puede verse, según la víctima). Al llegar aquí se descubre, si no se descubrió antes, que el hiato con 1983 no se salvará nunca, porque la novela concluye —es una manera de decir— con un CONTINUARA.

En la mayoría de los casos, la forma de una carrera literaria se infiere *a posteriori* del conjunto de obras publicadas. En Mailer, por el contrario, esa forma parece trazada de antemano y determina lo que se ha de producir. Las líneas del desarrollo, guiadas por ideas románticas de la vocación, se vuelven entonces necesarias, desde el naturalismo de *Los desnudos y los muertos* (1948) hasta el contexto de reportaje histórico de los últimos libros. Por una paradoja aparente, el abandono de la ficción no disminuye sino que aumenta las hipérboles y el melodrama. Mailer recluta así a sus mejores lectores entre quienes están dispuestos a leerlo como al autor de un gigantesco *work in progress*. Ciertamente, no todos pueden permitírselo; para ellos escribió Mailer *El fantasma de Harlot*, como si la actuación de un boxeador quedara adecuadamente resumida en el KO final.

El fantasma de Harlot, una novela sobre la CIA, tiene en Rolando Costa Picazo a su traductor más adecuado.

ALFREDO GRIECO Y BAVIO

FICCION

En el nombre del padre

PADRES E HIJOS, por Franz Kafka. Anagrama, Colección "Compactos", 1992, 170 páginas.

Franz Kafka

Padres e hijos

COMPACTOS ANAGRAMA

Desde que el mundo es mundo, todos los hijos se dedicaron, en algún momento de sus vidas, a buscarles defectos a sus progenitores. También se sabe, desde los tiempos de Freud, que los hijos varones desean matar al padre para quedarse con la mamá. Pero pocos creadores han tenido tantos problemas con la figura de su padre como le ocurrió a Franz Kafka. Basta recorrer sus obras fundamentales para encontrar en ellas, de manera directa o tras la máscara del poder, una figura paterna autoritaria, temible e insoportable: la *Metamorfosis*, *América*, *El castillo* o *El proceso* dejan aflorar una presencia paternal que lleva a la destrucción.

Como ocurre con algunos otros escritores (en la Argentina, el caso de Alejandra Pizarnik es el más claro), es imposible separar la escritura ficcional de la vida soportada por Kafka. Esta obsesión literaria por mostrar padres tan poderosos como desagradables, se encuentra totalmente ligada a los problemas que Kafka tenía con Hermann, su padre. Como testimonio de ello está su "Carta al padre" escrita por Franz tres años antes de su muerte y que hoy es posible leer como el alegato "antipaternal" más duro y más patético que se haya escrito. La misiva, que nunca llegó a manos de Hermann gracias a la mediación de su esposa, pone de manifiesto todo aquello que obsesionó (y torturó) a Franz a lo largo de su corta vida.

Padres e hijos reúne aquellos textos que tienen de manera evidente al progenitor como figura central. En esta antología —cuya columna vertebral es, justamente, la "Carta al padre"— se encuentra uno de los mejores cuentos de Kafka, "La condena" y una serie de relatos cortos de calidad pareja: "El mundo urbano", "Barullo", "Regreso al hogar", "El matrimonio" y el magistral "Once hijos". Sin agotar, obviamente, el tema (falta, por lo menos, la *Metamorfosis*, donde el padre juega un papel fundamental), este conjunto de textos tiene la virtud de mostrar uno de los aspectos que hacen a la poética de Kafka: su rechazo, su temor, su insuperable extrañamiento ante la figura de aquel que le dio el ser y cuya sombra nunca pudo alejar de su vida. Ni de su obra.

SERGIO S. OLGUIN

ENSAYO

América latina como discurso

Noé Jitrik

HISTORIA DE UNA MIRADA

EL SIGNO DE LA CRUZ EN LAS ESCRITURAS DE COLON

EDICIONES DE LA FLOR

HISTORIA DE UNA MIRADA. EL SIGNO DE LA CRUZ EN LAS ESCRITURAS DE COLON, por Noé Jitrik. Ediciones de la Flor, 1992, 232 páginas.

El azar de una cifra, a la que curiosamente se denomina "redonda", ha reactivado el debate sobre la conquista de América a lo largo de 1992. Cuando Noé Jitrik, en *Historia de una mirada*, dice "descubrimiento, llegada, encuentro o como se lo quiera llamar", está evidenciando que él se propone, de alguna manera, discutir sobre otra cosa. Prefiere, de hecho, hablar de conquista y no de encuentro, pero lo que el trabajo se propone abordar es otra cuestión, y esa otra cuestión es la escritura. Escapar de los términos consabidos de una polémica previsible es su primera virtud.

Historia de una mirada trabaja, como la ficción, a partir de un "como si": lee a Colón "como si" fuese un escritor y lee sus diarios o sus testamentos "como si" fuesen literatura. Desde luego, así leídos, lo son. Noé Jitrik desarrolla entonces un análisis de los textos de Cristóbal Colón logrando definir, en la escritura, algunos de los problemas claves de una identidad latinoamericana tal como se los puede pensar hoy.

Jitrik parte de la tensión entre la sorpresa y la necesidad de representación que se verifica en los textos colombinos, sus problemas para adecuar los enigmas del referente al modelo previo con que se lo enfrenta. La comparación, en primera instancia, y más acabadamente la metáfora, son los mecanismos que la mirada del crítico detecta en el discurso, para caracterizar a su vez a la mirada del conquistador.

A partir de allí, Jitrik despliega una aguda lectura de la escritura de Colón, pero también un trabajo crítico que se expande con solidez hacia diferentes aspectos culturales y políticos: la construcción de la Capilla Real de Granada, el espacio del baño en la vida morisca, el trueque con los indios, el oro, la cruz. Y en todos esos signos —eso es este libro: una lectura de signos— está también América latina. *Historia de una mirada* es un libro sobre lo latinoamericano que acierta en eludir las esencias y las mistificaciones y en apuntar a las estrategias mediante las cuales lo latinoamericano se produce. No es un ensayo social ni un estudio histórico: es un libro de teoría y de crítica discursiva en el que América latina queda definida en la considerable capacidad de Jitrik para reflexionar desde un referente metodológico diverso y actual: Roland Barthes, Michel Foucault, Julia Kristeva, y otra serie de teóricos entre los que aparece —no sin una dosis de autoestima— el propio Jitrik.

Historia de una mirada se propone la meticulosidad: es un trabajo que se quiere minucioso antes que ágil. Se trata de una lectura atenta y cuidadosa y exige una lectura de las mismas características. Un valioso nivel de reflexión y una perspectiva notablemente movilizadora es lo que logra.

El volumen que ahora edita De la Flor retoma una publicación que la Universidad Autónoma de Puebla realizó en México en 1983. Jitrik ha reescrito prácticamente todo el trabajo, agregando tramos, ampliando sus referentes teóricos y reorganizando su material. No sólo en este sentido, puede decirse que *Historia de una mirada* es producto de una acumulación y una revisión de saberes y de trabajos ya escritos. Noé Jitrik atravesó en su trayectoria crítica diversas etapas: desde lo que él mismo denominó "época sociológica" (los años cincuenta, bajo la influencia de su participación en la revista *Contorno*), pasando por la impronta estructuralista y la lingüística, hasta llegar a la escritura como categoría y como objeto. Su exilio en México durante la última dictadura argentina significó la apertura a una problemática latinoamericana (en *La memoria compartida*, por ejemplo), a un enfoque reflexivo no sólo sobre la literatura sino sobre cuestiones políticas (*Las armas y las razones*) o sobre una multiplicidad de signos culturales (*El callejón*), tanto como a la teorización sobre semiótica y sobre el discurso (*El balcón barroco*).

No es que las etapas se sumen ni que *Historia de una mirada* sea el emergente de una germinación. Pero las etapas tampoco se borran unas a otras al sucederse, y es todo un recorrido crítico el que da cuenta de la realidad del análisis y la solidez metodológica que en este último libro se evidencian..

MARTIN KOHAN


ENSAYO

Realidad y relato



NOMBRAR LO INNOMBRABLE, por Fernando Reati. Legasa, 1992, 268 páginas.

El ensayo de Fernando Reati recorta prolijamente su campo de interés desde su mismo subtítulo: *Violencia política y novela argentina: 1975-1985*. A partir de tal especificidad temática, el autor se circunscribe a lo que se podría denominar estrategias de la ficción narrativa para dar cuenta desde el campo textual de algo que no tenía nombre (casi literalmente) en el espacio de la realidad: el genocidio perpetrado por el régimen militar.

Se imponen, en principio, algunas aclaraciones en torno del registro ensayístico que informa el volumen: el libro de Reati no es un libro de crítica literaria en cuanto aproximación a textos concretos para decodificar su estructura a partir de una metodología determinada. Aquí se trata —acaso inversamente— de delimitar un contexto histórico y ver cómo ha sido iluminado por los textos que en su interior —y a su influjo— se fueron constituyendo. Si bien Reati nombra determinados textos de ficción, no lo hace sino en la medida en que éstos tradujeron el clima de violencia desatada en la sociedad argentina de la época. Esta es la característica del discurso crítico y, a la vez, la matriz de alguna de sus disonancias. Reati abusa, en algunos pasajes, de la incidencia de la infraestructura política sobre las características del corpus narrativo del período al que se aboca. Pretender, por ejemplo, que los experimentalismos narrativos se agotan —aserto, en principio, harto discutible— en consonancia con la polarización clásica de corte partidario que se registra en las elecciones de 1983 es, por lo menos, una temeridad interpretativa.

Asimismo, en el afán de hallar intensas correlaciones entre texto y contexto, Reati cae, por momentos, en una indiscriminación que da como resultado un catálogo de textos y autores cuya profusa enumeración parece encolumnarse tras una voluntad abarcativa en desmedro de un análisis minucioso. Ello no obsta para que en los mejores pasajes del libro se puedan atisbar puntos de vista nada desdeñables en torno a obras tales como *Cuarteles de invierno*, *El beso de la mujer araña*, *Cola de lagartija*, o apuntes sobre la noción de exilio en la obra de Rodolfo Rabanal.

Pero más allá de errores por exceso o defecto, lo más destacable del libro de Reati es haber incursionado por una zona de la literatura argentina —la constituida por autores que comienzan a publicar durante los primeros años de la década del '70— que, salvo raras y contadas excepciones, aún no había sido trajinada por una crítica seria y articulada. *Nombrar lo innombrable*, en este sentido, es un intento de sistematización y ordenamiento; y no es un mérito menor.

OSVALDO GALLONE



DE

AMERICA LATINA

Ana Lydia Vega se reveló como una voz profundamente original en 1982, cuando publicó su primer libro de cuentos, "Encancaranublado". Los relatos que aparecieron más tarde en "Pasión de historia" (editado por De la Flor en Buenos Aires) y "Vírgenes y mártires" confirmaron su enorme talento para la reproducción paródica del habla del Caribe, para la sátira y la comprensión de la historia. El relato que Ana Lydia Vega seleccionó para esta entrega de **Primer Plano** apareció en su último libro, aún no difundido fuera de Puerto Rico, "Falsas crónicas del sur".

ANA LYDIA VEGA

LA NUEVA FICCION

UN DOMINGO DE LILIANNE



Por respeto a mí mismo, no interrumpiré el silencio de los muertos. Y mantendré mi relato libre de nombres en toda referencia a los que fueron protagonistas en la Masacre de Ponce: porque los más de ellos traspusieron ya la frontera de la vida y el que yo recuerde sus ejecutorias me parece pena suficiente para los pocos que aún viven, aguardando su turno de salida y escurriéndose como sombras que huyen de su pasado.

Rafael Pérez-Marchand
Reminiscencia histórica de la Masacre de Ponce.

Cada vez que vuelve a despertar en mí la memoria de aquel día, revivo el rito inalterable que marcaba el principio y el fin de todas las semanas de mi infancia.

Todos los domingos íbamos a La Concordia, la finca de mi abuelo en el barrio Real Abajo de Ponce. En el asiento trasero del Packard cuadrado, mis tres hermanas, mi hermano y yo nos peleábamos las ventanas. Desde que dejábamos atrás la avenida Hostos para atravesar la ciudad y alcanzar el desvío hacia Juana Díaz, hacíamos mil maromas antes de acomodarnos mientras Mamá nos regañaba por la gritería y Papá nos observaba, divertido, en el espejo.

A mí me gustaba dar la vuelta por la Plaza de las Delicias, ver a las muchachas estrenando vestidos y a las señoras entrando y saliendo, con sus velos y sus abanicos, de la catedral. Pero prefería cruzarla a pie con Papá las tardes que me permitía acompañarlo a la barbería porque parábamos siempre en el carrito de Eusebio para comprar el mejor helado de vainilla que he probado en la vida.



Noticia preliminar

"La Ciudad Señorial" ha sido escenario de grandes tragedias. Baste evocar la tan reciente catástrofe de Mameyes y la difícilmente olvidable Masacre de Ponce.

Basado en entrevistas y reportajes, este relato recrea, desde una cotidianidad que se agrieta de repente, aquel siniestro Domingo de Ramos. Aunque retocados por la imaginación, los personajes del Fiscal, su familia, el Coronel y el fotógrafo del *Imparcial* son tan históricos como los sucesos ocurridos en las calles Marina y Aurora el 21 de marzo de 1937.

Para contar este cuento estuve oyendo voces por bastante tiempo. Hasta el infame general Blanton Winship, autor intelectual del crimen, reclamaba desde el infierno tiempo igual para dar su versión de los hechos. Por obra y gracia de la arbitrariedad autoril, ningún punto de vista me pareció tan seductor como el de la pequeña Lilianne, quien —paradójicamente— no estuvo presente.

A. L. V.

Aquel domingo, salimos un poco más tarde que de costumbre. Papá nos había llevado la noche antes al Teatro La Perla a ver una zarzuela contra las protestas de Mamá: *La casta Susana*, era, según ella "demasiado fuerte" para nuestros tiernos oídos. Nos habíamos acostado después de las diez, lo que en mi casa se consideraba, además de un riesgo para la frágil salud de los niños, un verdadero abuso de confianza.

Desayunamos poco, en preparación para el arroz con pollo de Mamina allá en el campo. En lo que Mamá me ponía sobre la cama *el pinafore* color de rosa con su cuellito de encajes, hice los ejercicios con Papá en el ranchón del patio. A las once, estábamos ya en camino y pidiendo a coro bajarnos en la plaza para comer piraguas. La gente pasaba con sus palmas bendecidas en las manos, lo que nos hacía redoblar las súplicas y triplicar las ganas. Con el pretexto de la tardanza, no hubo bajada ni mucho menos piraguas. Por el espejo, Papá me tiró una guiñada de consolación que no me hizo ninguna gracia.

Al pasar frente a la clínica Pila, vimos una gran cantidad de policías caminando por la calle y, naturalmente, quisimos saber si se trataba de un desfile. Es que vienen los nacionalistas, dijo Mamá, cambiando el tema y dando la pregunta por despachada.

Angel venía del Tuque. Había pasado la mañana entera en la playa recogiendo caracoles para hacerles pulseras y collares a las nenas. Había encontrado muchos bien bonitos, orillados en rosa y en violeta. Los llevaba en la canasta de la bicicleta, en una funda prensada entre el candungo del café y la palangana.

Tenía curiosidad por verles la cara a los nacionalistas esos que habían anunciado un mitin con tanta fanfarria. A él no le gustaban mucho esos bretes, pero, de todos modos, no había nada mejor que hacer para matar el tiempo moribundo de un domingo ponceño por la tarde.

Trató de entrar por la calle Marina. Los policías que lo cercaban por varios costados no lo dejaron. Hizo el intento por la Aurora y, casi antes de que pudiera llegar a la primera esquina, lo viraron. Entonces se le ocurrió el plan maestro. Dejó la bicicleta recostada junto a un árbol delante del Asilo de Damas y, metiéndose la funda con los caracoles entre la camisilla y el pecho, cruzó cojeando para pedirle al guardia de la carabina larga que daba vueltas nervioso frente al Garage Alvarado que lo dejara ir hasta la Clínica Pila para atenderse un tobillo torcido. El guardia le echó una miradita maliciosa y, encogido de hombros, permitió el paso.

El camino era embreado, cosa poco común en los años treinta, y los flamboyanes que lo flanqueaban a todo lo largo tienen que haber sido escandalosamente rojos para habérseme quedado grabados por tanto tiempo en la memoria. Ese día, a fuerza de argumentos y empujones, yo me había ganado la tan preciada ventana. Al aproximarnos al Coto Laurel, podría ver cómodamente los gansos furiosos de La Constanza.

Papá cantaba —y Mamá le hacía el requinto— viejas coplas y danzas. Nosotros deformábamos las caras en muecas increíbles, tratando de aguantar la risa, que estallaba sin previo aviso, más estruendosa cuanto más sofocada.

Desde el balcón de los Amy, en un segundo piso de la calle Aurora, la vista era perfecta: el palco ideal para tomar unas fotos sensacionales. De todos modos, no tenía caso buscar otro: no había un solo balcón que no estuviera abarrotado.

Carlos subió de dos en dos los escalones. Tuvo la grata sorpresa de encontrar la puerta abierta. Al hacerse paso hacia el balcón por la sala repleta de curiosos, notó con creciente mal humor que las mejores posiciones estaban ya ocupadas. Si no hubiese tenido que dejar el carro tan lejos, si la caminata no hubiese sido tan larga... Pero la policía tenía acordonadas las calles más cercanas y ni siquiera su carnet de *El Imparcial* le había podido conseguir la dispensa necesaria.

Sacó un cigarrillo del bolsillo del chaquetón y lo encendió con el último fósforo que le quedaba. Entre bocanadas de humo, se puso a estudiar las caras a su alrededor con la esperanza de reconocer a algún amigo que le ayudara a adelantar su causa. En la primera fila, las damas habían colocado taburetes para posar las nalgas, noble y considerado gesto que permitía a los de la segunda el disfrute del panorama. Allí, en medio de dos hombres que discutían a voces los méritos y deméritos del gobernador Winship, estaba la prueba final de que ese día, definitivamente, la suerte no lo acompañaba.

Aún estábamos lejos de la curva de las calabazas cuando empecé a sentir la vaga ansiedad que me asaltaba siempre al anticiparla. Mamá diagnosticaba mareos de viaje pero la sensación no era la misma. Se parecía más bien al jaleo que me agarraba el estómago cuando, jugando al esconder, estaba a punto de ser descubierta.

Por fin apareció el lugar de mis temores, con las cruces de madera que recordaban a las víctimas de la carretera. Conociendo la pata de mi cojera, Papá dejó inconclusa "Felices días" para entonar, con voz deliberadamente lúgubre, "No me pongan flores". Busqué secretamente la mano de Lolín, que no solté hasta que las atracciones irresistibles del camino volvieron a atraparme los ojos.

Saltar la verja que separaba el hospital del convento no fue nada fácil. La fila de cafeíllos de la India que la bordeaba obstaculizaba el acceso. Las monjas, además, estaban asomadas a las ventanas. Pero, gracias a Dios, demasiado atentas a lo que sucedía del otro lado. Angel se concentró, clavó los dedos como garfios en el muro y, aupando el torso, completó el brinco que lo hizo caer a cuatro patas en tierra santa.

El traslado en hamaca de un vecino hacia un lugar desconocido, que no podía ser otro que el hospital o el cementerio, hizo que mi padre disminuyera la velocidad en lo que pasaba el cortejo. Recuerdo que sólo veíamos, en uno de los extremos de la hamaca, unos pies flacos y amarillos que protuberaban. Mientras cerraba apresuradamente las ventanas para protegernos de los misteriosos virus que flotaban en el aire, Mamá nos explicó que la culpable era probablemente el agua y que por eso mismo había que hervirla diez minutos por reloj antes de atreverse a tomarla.

El río Inabón bordeaba ahora la carretera. La cuaresma había revelado la intimidad de su cauce pedregoso y secado sus pozas espumosas y anchas. Papá se detuvo para que yo pudiera lanzar, desde el carro, las piedrecitas del jardín que había traído en los bolsillos y medir la profundidad de las aguas.

El listo de Conde había llegado temprano, se había colado a fuerza



de galanterías entre las damas y ya disparaba alegremente su cámara sobre la multitud que esperaba en las aceras el comienzo de la parada. *El Mundo* tenía más que asegurada su primera plana. Carlos se mordía la lengua de rabia.

En eso, una muchacha pequeña y redondita, de labios tan rojos como los corazones que le salpicaban los volantes de la falda, dijo desde muy cerca, obligándolo a bajar la mirada:

—¿Usted es fotógrafo profesional o aficionado?

La pregunta dejó pasmado a Carlos, a quien las circunstancias del momento se le estaban justamente planteando. Afortunadamente, su orgullo masculino respondió por él y la muchacha quedó debidamente impresionada.

Bastante cerca ya de la finca, el espectáculo asombroso de lo que parecía ser una casa moviéndose sola por el campo me hizo exclamar, alarmada, que la tierra estaba temblando. La carcajada de Papá le desmontó los espejuelos y Mamá se los tuvo que volver a acomodar sobre el puente de la nariz. No es un terremoto, dijo cuando recobró la voz, es simplemente una mudanza.

Fascinados, observamos el progreso de la casa, empujada por más de veinte hombres y montada en andas. Yo quería saber por qué, en vez de trasladar los muebles a otra vivienda, preferían pasar el trabajo de mudar la casa. Pero no me atrevía a preguntar por miedo a quedar en ridículo y provocar la risería eterna de mis hermanas.

Ya en el patio, Angel se disponía a salir de lo más campante por el callejón que separaba el edificio de las Mercedes del de las Josefinas para asomar la cara por el portón, armado con la genial excusa de ser nada menos que el mensajero del Señor Obispo. Pero una monja que lo estaba velando desde que lo había visto saltar la verja le pegó un grito desde la ventana. Suerte que, con la algarabía de la calle, uno siempre podía hacerse el sordo.

El gran portón de hierro con el nombre de la hacienda surgió de entre los árboles de pana. Al pasar por la caseta de pago, vimos la mano alzada del capataz y le devolvimos ruidosamente el saludo. El Packard encontró su sitio habitual bajo la sombra del algarrobo.

En el balcón inmenso de la casa de madera, nos esperaban inquietos Mamina y Papiño. ¿Por qué tardaron tanto? ¿Ya empezó aquello en Ponce? ¿Había mucho tránsito? Las preguntas alternaban con los besos y los abrazos. En la cocina, Ursula daba los últimos toques al mofongo gigantesco que reinaba en una bandeja sobre el fogón.

Mi hermano se fue con Papá a conversar con los agregados que habían salido a recibirnos. Ursula y la abuela empezaron a llevar los platos y los cubiertos a la mesa del bohío, en medio del parquecito de las toronjas. Acostumbrada a los ritos gastronómicos corsos, Mamá hubiese escogido almorzar cómodamente en la casa. Pero nosotros no aceptábamos otro comedor que no fuera el del bohío. Mis hermanas fueron a mecerse en los columpios. Yo me perdí por los gaveteros del café husmeando y explorando los misterios olorosos del grano. Y tan de veras me perdí que, a la hora de sentarnos a la mesa, Mamina tuvo que salir a buscarme.

La conversación no se detuvo ahí. La muchacha le ofreció un sorbo de la piragua de frambuesa, roja como la marca de sus labios en el cono blanco que estaba chupando. Agradablemente sorprendido, Carlos aceptó y la piragua franqueó el espacio entre los jóvenes, cuyas manos se rozaron.

De pronto, el irritante clic de la cámara de su rival funcionó como un reloj despertador sacándolo de su nirvana. Carlos recordó la sagrada misión que lo había traído con tantas dificultades desde San Juan.

—¿Por qué no buscamos otro sitio? —dijo entonces la muchacha, con la cara un tanto sonrojada por el reflejo de la piragua. Carlos, que no pedía otra cosa, ejecutó el deseo como si fuera una orden y entró a formar parte de la masa compacta que en vano estiraba el cuello para enfocar la calle. Al darse cuenta de que ella no lo había seguido, miró hacia atrás y la vio parada, con las manos en la cintura y la deliciosa actitud de una recién casada impaciente, al fondo de la sala. Confusamente, Carlos creyó que le hacía señas para que regresara. Intentó justificarse, apuntando un dedo hacia la cámara. Pero ella movía con insistencia la cabeza y, desgarrado entre el placer y el deber, permaneció indeciso unos instantes antes de retroceder, lo más rápidamente que pudo, para volver al encuentro de la muchacha.

Sin palabras, ella lo condujo hasta la puerta de entrada, desde donde le mostró con una sonrisa bastante pícara, otra puerta cerrada. Asegurándose de que sólo Carlos y nadie más la acompañaba, sacó del bolsillo un manojo de llaves y metió la más pequeña en la cerradura.

A lo alto de una escalera, un pedazo de azul celeste coronó su confianza. Volviendo a cerrar la puerta tras ellos, corrieron triunfantes hacia la azotea.

Después del almuerzo, viniese quien viniese y pasara lo que pasara, los abuelos siempre siestaban. Papá se dejó caer con un suspiro de satisfacción en la hamaca del balcón. Mamá se recostó, con una novela que había tenido la sabia precaución de traer, en el sofá de la sala.

Lolín aprovechó la retirada de los adultos para darse gusto rebuscando en el cuartito de los cachivaches. De allí regresó con un álbum lleno de viejas fotos despegadas que desató una furia de estornudos y por poco la delata. Carmen y Lina se apoderaron de él y se dedicaron, para mi gran aburrimiento, a examinarlo.

El cielo estaba tan perfectamente azul y la tarde tan deslumbrantemente blanca que no pude resistir al llamado primitivo de los animales. Me acerqué al gallinero con mucho sigilo y toda la mala intención de robar huevos. Pero el alboroto que formaron las guineas derrotó de inmediato mi proyecto.

Entonces me deslicé hacia las jaulas donde crecían y se multiplicaban bíblicamente los conejos. Y estuve mucho rato molestándolos, pullándolos con una rama de limonero y escondiéndoles el alimento. Corrí las cabras, intenté ordeñar vacas y no monté a caballo porque el listo de Papiño los había encerrado en el establo. Envalentonada, llevé mi atrevimiento hasta el mismo barril de los jueyes. Con una vara larga de gancho curvo que servía para tumbar nísperos, los levantaba uno a uno para acercarme a los ojos la amenaza azul de sus palancas y luego soltarlos, desde esa altura, sobre los resignados carapachos de sus compañeros.

Cuando, por exceso de repetición, me cansaron las maldades, la gula frutal me invitó a trepar árboles. Pronto el suelo se alfombró con las últimas chinas y toronjas de la cosecha. Los mangós, aún verdes, bajaron a regañadientes de sus ramas. Pero fueron las guayabas las que ejecutaron la venganza. No sólo me salieron todas gusaneras sino que las espinas de un limonero guardaespaldas que tenían al lado me dejaron los dedos como si hubiera pasado la mañana guayando plátanos.

Angel ya había llegado al portón y estaba en el acto mismo de sacar el pestillo para deslizarse discretamente hacia la acera cuando lo sorprendió un toque de clarín que lo hizo parar en seco. En seguida, los acordes marciales de "La borinqueña" se impusieron a golpes de platillos y trompetas. Cerciorándose de que nadie lo estuviera viendo, Angel consideró un instante quitarse la gorra en señal de respeto. La mirada torva de un guardia, clavada en los músicos, lo hizo cambiar de opinión. Los cadetes nacionalistas apretaban las boinas negras contra sus pechos mientras los labios formaban las palabras del himno prohibido.

El aroma del café que estaba colando Ursula volaba por la finca anunciando la proximidad de la merienda. Aunque las frutas me habían revolcado el intestino, la imagen de los panecillos dulces, mansamente alineados en la mesa de la cocina, me decidió a emprender el regreso.

En medio de una copla melancólica, la potente voz de tenor de mi padre voló por el aire quieto:

No hay corazón como el mío
que sufre y no da su queja:
corazón que sufre y calla



corazón que sufre y calla
no se encuentra dondequiera.

Era su canción favorita, la que me pedía siempre cuando volvía cansado del tribunal y se tiraba en el sillón de mimbre a las siete de la noche. Me detuve en el estrecho espacio que separaba el almacén de la molienda y, proyectando lo más lejos posible mi falsete débil de niña, respondí con la copla gemela:

Yo tenía una palomita
que era mi divertimento:
se me fue de mi jaulita
se me fue de mi jaulita
sin darle ningún tormento.

Papá aplaudió y gritó bravos entusiastas desde el balcón. En ese momento, sin saber aún por qué, se me aguaron los ojos y se me apretó el pecho.

Carlos sintió desvanecerse el mal humor, cosquillearle en las comisuras de los labios una sonrisa. La muchacha se había sentado en el borde del muro blanco, posando coqueta, con las piernas cruzadas, invitando a la fotografía. Con su habitual destreza, preparó el aparato para complacer a su ángel guardián y, con el



pretexto de buscar el ángulo, fue acercándose a ella.

"La borinqueña" subió al cielo en alas de la brisa. Por timidez —o quién sabe si más bien por curiosidad— la muchacha volteó la cabeza y esquivó el beso destinado a su boca. Vio a los nacionalistas en atención con sus rifles de palo; vio, detrás, a las mujeres todas vestidas de blanco. Y vio también la fila de ametralladoras Thompson como una oscura frontera entre la vida y la muerte, como un río congelado.

—Mira eso, es una encerrona —dijo, trazando un círculo ancho con su dedo levantado.

Carlos abrió las piernas, cuadró el cuerpo y dio un paso adelante para tomar su primer retrato. La música cesó. Las boinas volvieron a las cabezas. Una voz dio la orden de marchar. Se oyeron dos detonaciones secas. Un coro lastimero de gritos y gemidos se apoderó del aire.

Antes de que el zumbido de una bala los obligara a tirarse al piso, Carlos pudo oprimir el botón y apresar en el ojo exorbitado de su lente aquella escena de horror que no podría arrancarse nunca más de la memoria.

Herido en la cabeza, Angel apenas tuvo el tiempo de arrastrarse hasta la yerba alta del patio. La gorra agujereada le tapaba la cara. Una larga línea de caracoles derramados se extendía desde su último escondite hasta el portón del convento.

Mamina me estaba llamando. La súbita irrupción de una mariposa de todos los colores me había distraído, prolongándome el regreso. Fue entonces cuando entró por el portón, como un gran escarabajo de mal agüero, el carro negro con un guardia al volante y la insignia de la policía en el parachoques trasero. El graznido insistente del claxon hizo que mi madre soltara la taza humeante de café y bajara corriendo la escalera.

Un velo de humo gris flotaba sobre Ponce cuando se estacionó el carro negro en la encrucijada de Marina y Aurora. Serían las seis de una tarde oscurecida antes de tiempo. La poca gente que había afuera caminaba de prisa con la cabeza baja. Las carabinas largas vigilaban las calles. Sólo las ambulancias burlaban con sus sirenas chillonas el recogimiento de una ciudad sitiada.

El Fiscal tuvo que recostarse de la puerta, aún abierta, para poder sostenerse de pie ante el olor avasallante de la muerte que subía de los adoquines manchados. El bordoneo sordo que llenó sus oídos tapó las palabras del Coronel, cuyas manos delgadas se movían sin gracia en su exaltada descripción del "atentado". Cuando el Fiscal pudo al fin formular, con un hilo de voz, algo así como un sencillo ¿qué pasó? o tal vez un inútil ¿hubo muertos? y dar comienzo al macabro recorrido por las entrañas de un mal sueño, sus ojos azorados descubrieron, en la luz azulosa del crepúsculo ponceño, las palabras pintadas en rojo sobre el zócalo blanco del convento:

VIVA LA REPUBLICA
ABAJO LOS ASESINOS

El Fiscal presintió que esas palabras, trazadas con las últimas fuerzas de una mano moribunda empapada en sangre, tenían el poder de trastornar la vida, una vida que ya nunca más transcurriría plácida como su día de campo de todos los domingos.

EL CAZADOR OCULTO

Mariano Grondona, periodista.
Si queremos que los pobres estén mejor, los ricos tenemos que "ponernos".
Hora Clave. Canal 9. Enero 7, 23.54 hs.

Carlos Menem, presidente de la República; **Mauro Viale**, animador.
CM: Yo no me deprimo, porque mi forma de ser no me permite la depresión (...) En lo espiritual, ahí soy muy fuerte.
MV: Pero, ¿por qué? ¿Cómo lo maneja?
CM: Por una cuestión mental. Lo más poderoso que Dios le puso al hombre es la mente. El poder de la mente es prácticamente incontenible (sic) cuando se lo sabe utilizar. Y yo sé utilizar bien ese poder mental que Dios me dio.
(...)
CM: (Cuando estaba preso) en un momento me fue a visitar mi hermano, el actual senador (Eduardo Menem). Creo que fue en 1987 (sic), en Magdalena.
La Mañana. ATC. Enero 5, 9.20 hs.

Luis Pazos, periodista.
La familia Saadi se caracterizó durante 45 años por ejercer el nepotismo, la corrupción administrativa, la prostitución organizada, el matonismo político y toda una serie de manejos de poder y de dominio, que fueron técnicas muy elaboradas precisamente por (el ex gobernador y senador nacional) Vicente Saadi. Por ejemplo, le doy una al azar: sacaba a los chacareros de sus tierras, los nombraba empleados públicos y después los hacía depender para siempre de ese empleo.
La Mañana. ATC. Enero 8, 9.40 hs.

Abrazos, prejuicios y fronteras

LUIS RAFAEL SANCHEZ

La revista norteamericana *Swank* publicó hace varios años una recopilación de cincuenta chistes sobre Puerto Rico y los puertorriqueños. La sugestión a que apuntaba el número de los chistes, cincuenta, se transparentaba de inmediato. Uno por cada estado de la Unión. Lo de chistes era otro asunto. ¿Chistes? ¡Si iban a por la yugular!

Cada chiste se regodeaba en la mala intención. Cada chiste apostaba a dañar, parejamente, el sentimiento y el intelecto del puertorriqueño. Cada chiste distorsionaba la realidad puertorriqueña con una ferocidad desconcertante y gratuita. Nada respetaba dicha antología. Ni el dolor padecido ni el arrojo mostrado por los puertorriqueños mientras construían, entre negaciones y azares, su carácter de pueblo. Tampoco las dificultades de toda índole, confrontadas por los puertorriqueños asentados en los Estados Unidos de Norteamérica o los puertorriqueños quedados en el propio suelo, conseguían el reconocimiento mínimo. Unos y otros, los puertorriqueños de allá y los puertorriqueños de acá, se convertían en blanco fácil de la gracia ceñuda que nutría los cincuenta chistes.

A lo largo y ancho de las páginas chistosas, que reexamino con inevitable rencor, al puertorriqueño se lo catalogaba de haragán, sucio, improductivo. A lo largo y ancho de las páginas graciosas, que releo con pesadumbre y zozobra, se intentaba ridiculizar el ser y el existir de cada puertorriqueño.

Las protestas que suscitaron tales injurias fueron contestadas por los editores de la revista *Swank* con la picardía que gloso, seguidamente. Se trataba de una incursión en el humor étnico. Se trataba de unos chistes concertados por la causticidad y la agudeza expresiva. Aunque sin implicar la menor maldad.

¿Sin la menor maldad?

Uno de los cincuenta chistes enunciaba que el libro más corto que se ha escrito es el libro puertorriqueño de las buenas maneras. Según el chiste los puertorriqueños somos burdos. Otro de los cincuenta chistes informaba que el segundo libro más corto que se ha escrito no es otro que el libro puertorriqueño de los héroes de guerra. Según el chiste los puertorriqueños somos cobardes. Otro de los cincuenta chistes decía que los puertorriqueños usan el insecticida como desodorante. Según el chiste los puertorriqueños somos sabandijas apestosas y torpes.

¡Sin la menor maldad!

Pero, apartemos la ladina declaración de inocencia y encaremos el argumento del llamado humor étnico del que echaron mano los editores de la revista *Swank* como forma de paliar el agravio y mitigar la ofensa. El humor étnico observa, con mirada alerta, los hábitos y las costumbres, los sentires y los decires, las gesticulaciones y los actos que revelan el tejido moral y el tejido espiritual que particularizan a un pueblo, una nación. Dichos tejidos son el fruto de unos acontecimientos que se integran a la memoria colectiva por la vía de la experiencia personal o el testimonio ajeno. Tal vez ello explique el hecho contundente de que una nación sea una narración.

Cierto, el humor étnico no implica maldad o antagonismo cuando recupera unas actitudes particulares de las cuales pueden reírse. También, los nacionales que lo motivan. La supuesta avaricia escocesa, el supuesto envaramiento inglés, el supuesto histrionismo italiano, la supuesta arrogancia argentina, la supuesta jactancia cubana, propician un sin fin de amables sonrisas y sanas risotadas, incluso entre escoceses e ingleses, italianos, argentinos y cubanos.

El burlado participa, sin empacho, de la burla porque ésta no lo desmerece o humilla. Aunque lo somete a la superficialidad de toda generalización la burla no lo hace avergonzar. Aunque señala unos patrones de conducta que el burlado reconoce como propios, el señalamiento no lo ofende porque lo traspasa la simpatía.

Ninguna de las salvedades anteriores se descargó en los cincuenta chistes puertorriqueños que recopiló la revista norteamericana *Swank*. Se sobrecargó, en cambio, el placer enfermizo de despreciar un pueblo, una nación. Se sobrecargó, en cambio, la vileza de reducir todo ese pueblo, toda esa nación a multitud gobernada por la inocuidad y la iniquidad.

Pese a que su inmaculado derechismo le ha ganado una merecida reputación como hombre de prejuicios a montón, el periodista Patrick Buchanan no cae en el despropósito de caracterizar al país puertorriqueño como una multitud gobernada por la inocuidad y la iniquidad en las columnas que acaba de dedicar al *caso Puerto Rico* en el influyente periódico de su país, *The New York Post*. Ni lo ve como una multitud sin resonancias íntimas respetables. El señor Buchanan admite que el idioma verdadero de Puerto Rico es el español. Y concluye que la rica y profunda personalidad caribeña del país no tolerará el proceso de yankización que supone la anexión puertorriqueña a la nación norteamericana.

Nada hay que objetar a la exposición del señor Buchanan. Se trata de verdades imposibles de desmentir hasta por aquellos que las resienten. Tampoco hay pasaje alguno en dichas columnas periodísticas que amerite celebrarse.

Sí hay que discrepar del señor Buchanan cuando se refiere a Puerto Rico como nación *en ciernes*. Porque *en ciernes* significa de frágil principio o de comienzo débil y hasta precario. La frase, pues, se utiliza mal cuando de Puerto Rico se trata.

Primero, porque la experiencia colonial de siglos no ha podido sofocar una recia y extendida idea nacional. Segundo, porque los dos partidos mayoritarios actuales han nadado, con gusto y satisfacción, por las aguas turbias del colonialismo pero se han cuidado de guardar en la orilla los símbolos limpios que exaltan la nación puertorriqueña. Lo han hecho, justamente, porque ese apartado formidable jamás se ha tomado o rendido. Lo han hecho, sobre todo, porque lo patriótico entrañable aquí convoca.

Prueba de esta afirmación circula estos días en la fotografía que muestra al ayudante del presidente de Estados Unidos de Norteamérica, el señor Chase Untermeyer, en faena de agitación anexionista. La faena del señor Untermeyer guarda coherencia con la parcialidad militante del presidente Bush a favor de la estadidad para Puerto Rico.

Sin embargo, la fotografía captura un desliz inolvidable, una espléndida indiscreción ideológica que no guarda coherencia con la parcialidad militante del presidente Bush. El flamante señor Chase Untermeyer agita una bandera puertorriqueña, la misma bandera monoestrellada que los anexionistas más renegados todavía no han osado renegar.

Cierto, la aberración estupenda de que el puertorriqueño *asciende* si se quiere norteamericano y que *desciende* si se quiere puertorriqueño forma parte de la estrategia política de los dos partidos mayoritarios, los dos partidos colonialistas. Igualmente forma parte de la estrategia política de ambos partidos la apuesta por las persuasiones que oculta el vocablo establo. El uno se rasga las vestiduras a nombre del Estado Libre Asociado de Puerto Rico. El otro se suelta la trenza a nombre del Estado Cincuentiuno de la Nación Norteamericana.

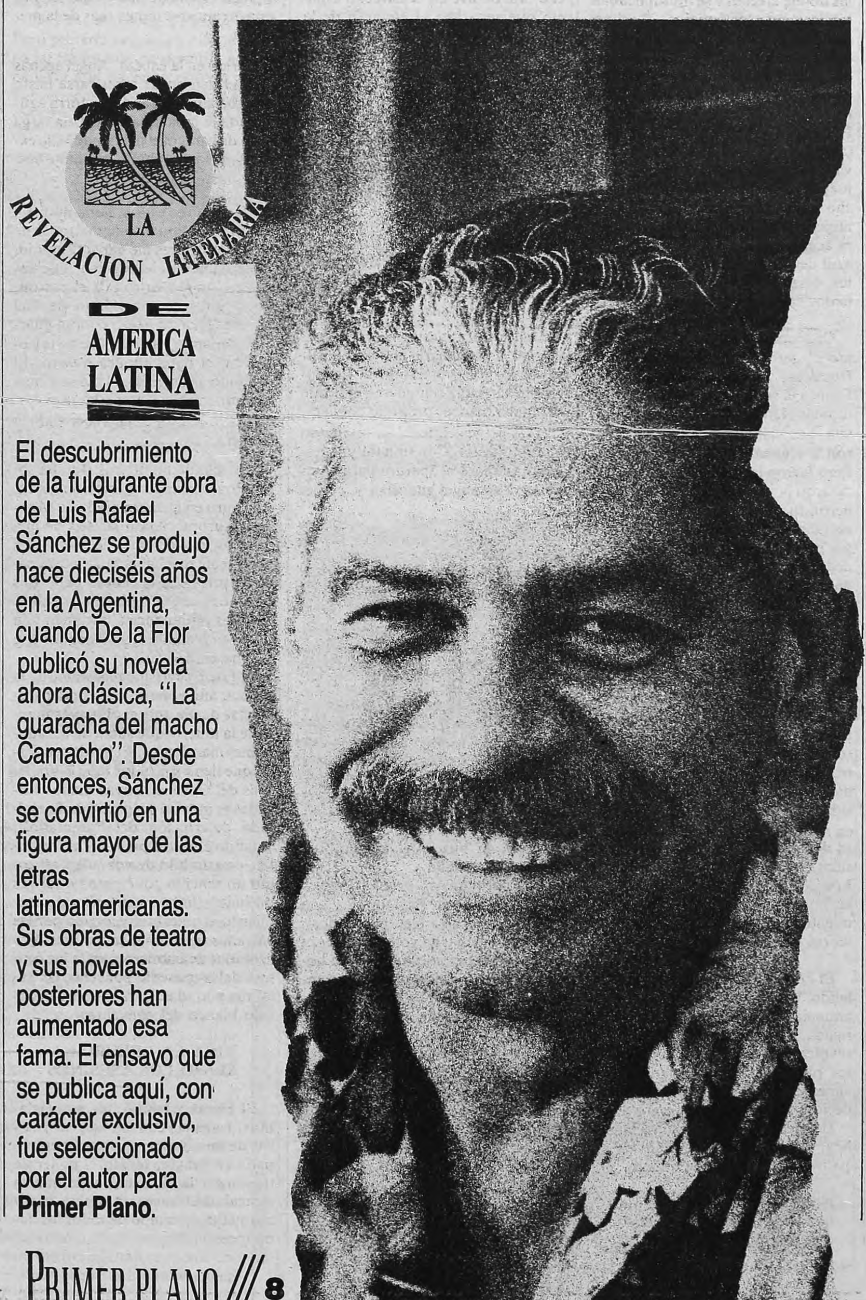
No obstante tanta trampa, semántica, hace tiempo que Puerto Rico es una nación plena a la que sólo le falta, paradójicamente, la soberanía. Esa plenitud la ha alcanzado por una honrosa voluntad de ser. Una voluntad resistente a los empeños de deformación que le han inculcado naturales y forasteros. Una voluntad impuesta a pesar del descrédito y la persecución que sufrieron y sufren los hombres y las mujeres que la despliegan.

¡Si hasta la palabra misma nación se quiso erradicar del léxico afectivo del puertorriqueño! ¡Si hasta el concepto mismo, nación, se asoció con la chatura de miras, el temperamento municipal y el fracaso! ¡Si hasta el himno secular de la nación puertorriqueña, *La borinqueña*, se tachó de subversivo porque le cantaba a aquella voluntad de ser!

Por tanta contradicción amarga, por tanta tensión en la larga y fatigosa hechura, la urdimbre narrativa que se llama Puerto Rico tiene un rostro, irrepetible. Y un corazón único e irrepetible también. Los trazos de dicho rostro y los surcos de dicho corazón suscitan, tanto ayer como hoy, prejuicios imperdonables y abrazos inesperados.

Pero, unos y otros, los prejuicios que se resienten como los abrazos que se extrañan, confirman las distancias y las diferencias que los separan a Ellos de Nosotros. Más que una mera oposición gramatical se trata de una demarcación de fronteras.

* *Del libro de próxima aparición* No llores por nosotros, Puerto Rico.



LA REVELACION LITERARIA DE AMERICA LATINA

El descubrimiento de la fulgurante obra de Luis Rafael Sánchez se produjo hace dieciséis años en la Argentina, cuando De la Flor publicó su novela ahora clásica, "La guaracha del macho Camacho". Desde entonces, Sánchez se convirtió en una figura mayor de las letras latinoamericanas. Sus obras de teatro y sus novelas posteriores han aumentado esa fama. El ensayo que se publica aquí, con carácter exclusivo, fue seleccionado por el autor para Primer Plano.